

Los Misioneros Españoles

David RUBIO, O. S. A.

Curator, Fundación Hispánica.
Library of Congress.

Es un hecho demasiado conocido tanto en los Estados Unidos como en la América Hispana, la serie de propagandistas improvisados la mayor parte, que han salido, Dios sabe de donde, desde que el presidente Roosevelt proclamó la política del Buen Vecino. Podría escribirse un libro y por cierto bien chistoso sobre el número de autoridades que han aparecido sobre asuntos de la América Latina. Yo personalmente conozco a varios que, por el mero hecho de haber pasado un mes en México o dos semanas en Cuba, chapurreando desastrosamente el español, van, con todo descaro y desfachatez, a pedir un puesto en las diversas oficinas que se relacionan con la América Latina como si hubieran pasado veinte años estudiando el problema. El efecto que esto ha causado en Sud América ha sido desastroso. Pero yo no soy el llamado a corregirlo; solamente tengo interés en contrastar con esta legión de paracaidistas improvisados de hoy, lo que hicieron los misioneros españoles del siglo diez y seis y posteriores, creando una política de buen vecino tan honda que dura hasta el presente y sospéchome que durará todavía por muchos centenares de siglos.

Dedico también este trabajo a los llamados indigenistas, apristas y especialmente a mi discípulo y amigo, Manuel Seoane, los cuales, tal vez con muy buena intención, predicán la vuelta al primitivismo indígena, en primer lugar sin haber vivido ninguno de ellos dos meses la vida del indio, y en segundo lugar olvidando con grave ingratitud que lo úni-

co que ha hecho de los indios hombres ha sido la doctrina evangélica y los únicos que entendieron al indio fueron los misioneros.

De la labor de los misioneros en las tierras del Nuevo Mundo se han escrito innumerables obras, y modernamente se está conviniendo en la afirmación que su labor verdaderamente fue apostólica, sincera y eficaz. Empresa de tal magnitud no puede haber sido solamente fruto de celo personal o inspiración religiosa: debió haber sin duda centros donde se preparasen esos hombres heroicos para la consecución de su propósito y efectivamente los hubo. Yo he encontrado en los cronistas de mi orden varios documentos muy valiosos por los cuales se puede juzgar la disciplina férrea y la cultura escolástica, junto con un estudio psicológico de las cualidades del indio que se enseñaba a los candidatos para las misiones. De esta manera se podrá comprender cómo, en las montañas de Méjico o en las sierras del Perú, por no citar otros lugares, existen indios que no han visto al cura por espacio de medio siglo y llevan en su alma las verdades fundamentales de la fe y gran parte de lo que llamamos cultura española.

Voy a transcribir tomándolo de Torres, en el capítulo 38 de su obra (1), que es una continuación de Calancha, la disciplina escolástica junto con las prácticas religiosas a que se sometían los candidatos para las misiones entre los indios:

"A las cuatro de la mañana despiertan y dan luz a todos los del cuerpo del estudio: Regentes, lectores y estudiantes; a éstos para que estudien, a los otros para que los velen mientras estudian, porque insistan con más atención a sus lecciones.

"Están en estudio quieto en sus celdas, abiertas las puertas hasta las seis de la mañana. A esa hora tañen la campana a lección de prima, van los teólogos a su General y los Artistas al suyo, donde están hasta las siete: a esa hora tañen al coro a rezar Prima, y las demás horas menores con el oficio de Nuestra Señora; van al coro los Artistas y pasantes sólomente, porque los teólogos se quedan a oír la lección de Nona

(1) TORRES Fr. Bernardo de: *Crónica de la Provincia Peruana del orden de los Ermitaños de San Agustín nuestro padre*. Lima, Julián Sarmiento de Saldaña, 1657.

hasta las siete y tres cuartos; a esa hora los estudiantes y pasantes que han ido al coro oyen una misa rezada, y los teólogos van a la Universidad, a las ocho, a cursar la cátedra de Sagrada Escritura, que al presente lee N. P. Mtr. fray Juan de Ribera, y ésta solamente cursan ahora, porque la supernumeraria que regenta el P. Mtr. fray Bernardo de Torres en la misma Universidad, la cursan los teólogos del convento.

"A las ocho, cuando los teólogos van a la Universidad, los Artistas vuelven a su aula a oír otra lección de Artes hasta las nueve; a esa hora vuelven de la Universidad los teólogos y se tañen a estudio quieto, para que unos y otros le tengan recogidos en sus celdas hasta las diez; a esa hora tañen a conferencia de teólogos a que acuden los Maestros, Lectores, pasantes y cursantes de la facultad; y mientras los teólogos están en conferencia, los Artistas prosiguen su estudio quieto hasta las once.

"A esa hora tañen a salir de conferencia y poco después a comer, y estando la comunidad toda junta en el "De profundis", antes de entrar en el refectorio, el Lector de Moral propone un caso de conciencia, y le resuelve; y si alguno de los Maestros o Lectores le opone alguna dificultad, satisface a ella, luego inmediatamente hace señal el Rector y entra la comunidad por su orden en el Refectorio, donde se echa la bendición de la mesa; y todo el tiempo que dura la comida está un estudiante leyendo a la mesa en tono, como en la Religión se acostumbra.

"Después de comer van a dar gracias a la Iglesia, cantando el Salmo del tiempo; a las doce se recogen a reposar la comida, y es tiempo de silencio hasta la una y media de la tarde; a esa hora tañen a lección de vísperas de Teología, que dura hasta las dos y media; a las dos en punto rezan vísperas, y van a ella todos los religiosos fuera de los teólogos.

"A las dos y media tañen a lección de Vísperas a la Real Universidad, y van a ella los teólogos, porque regenta esa cátedra N. P. M. fray Jacinto de Ovando, y no cursan la de Vísperas de Santo Tomás que regenta N. P. fray Bartolomé Vadillo, porque su lección es de dos a tres, hora incompatible con la cátedra de Vísperas del Colegio a que acuden los teólogos.

“A las cuatro vuelven éstos de la Universidad, y salen de su lección los Artistas, porque a esa hora se tañe a estudio quieto, que dura hasta las cinco; a esa hora tañen a conferencia de Artistas, a que acuden Lectores y pasantes y dura hasta las seis: a esa hora tañen a estudio quieto, y se recogen todos a sus celdas hasta las siete.

“A esa hora se tañe a Maitines rezados, a que acuden todos los estudiantes y pasantes. Acabados los Maitines se tañe a la Antifona de Nuestra Señora y a ella acuden todos los religiosos que están fuera del coro, de cualquier calidad o dignidad que sean; cántase la Antifona de la Natividad de Nuestra Señora, y después (de ella se sigue un rato de contemplación que dura lo que un religioso suele tardar en rezar los Salmos Penitenciales: después se rezan unas preces y oraciones por el Romano Pontífice, y por el Rey nuestro Señor y por todos nuestros bienhechores vivos y difuntos, después de ellas todos los lunes, miércoles y viernes del año hay disciplina común.

“A las ocho de la noche o poco después de cena se permite un rato de quiete o conversación espiritual o literaria a los estudiantes hasta las nueve; a esa hora se tañe a silencio, y antes de él van todos los estudiantes, teólogos y Artistas a cantar a su capilla de Nuestra Señora: “Stella Coeli” y acabada se recogen todos a sus celdas y guardan silencio hasta las seis de la mañana del día siguiente en que vuelve con el día a su giro regular la distribución referida.

“Todos los sábados del año hay conclusioncillas (conferencias) que duran desde las nueve de la mañana hasta las once, alternativamente un sábado de Artistas, otro de teólogos. Cada mes hay dos palestras públicas de Artistas, donde se prueba el ingenio de los competidores. . . . Hay también cada mes dos lecciones de veinticuatro horas, una sobre Aristóteles, otra del Maestro de las Sentencias, de Filosofía una, de Teología otra; la de Filosofía leen los teólogos del primer curso; la de Teología los demás, como se van siguiendo por orden de antigüedad.

“En acabando los teólogos sus estudios se examinan para quedar de pasantes en el Colegio, y para el examen se dan puntos sobre el maestro de las sentencias con término de veinticuatro horas; dura la lección una hora entera, y argúyenla contra lo dicho con toda eficacia y rigor

tres padres examinadores, los cuales después de acabado el examen aprueban o reprueban por votos secretos al examinado. . . . El que sale aprobado se queda en el Colegio un año entero con título y privilegios de pasante. El que sale réprobo se va al Convento a ocuparse en los ejercicios que la obediencia le señalare.

“Los pasantes aprobados cumplido el año, si aspiran a cátedra, vuelven otra vez a examinarse con los padres examinadores de la Provincia, los cuales le dan puntos en las obras de Aristóteles, con término de veinticuatro horas, y habiendo leído una hora entera le arguyen los examinadores, media hora cada uno, o más o menos, como les parece; es tremendo acto, porque sin respeto humano se hace con todo rigor el examen.”.

De éstos algunos quedan de catedráticos para enseñar a los demás religiosos y el resto va a instruirse a las diversas doctrinas para llevar a cabo la conversión de los indios. Generalmente están un año con misioneros veteranos para conocer y entender la manera de ser de los indios: su capacidad mental, sus tendencias, sus vicios más predominantes y desde luego su lengua y costumbres. Antes de partir de este centro para la misión, llevan como código supremo de sus futuras acciones, los siguientes preceptos que transcribo del cronista Antonio de la Calancha:

“El primero: que sólo mirando a Dios y al provecho del prójimo, viviesen con más perfección en las doctrinas, que á vista de los Prelados en los conventos, estrechando la vida con penitencia y virtudes para que el buen ejemplo apoyase su predicación, temiendo el castigo de Dios, que sería el más riguroso de su justicia, si los infieles que iban a convertir viesan en sus predicadores vicio alguno de los que iban a extirpar.

“2.—Que pues habian dejado sus patrias, filiaciones, parientes y climas en España, los que de allá viniesen y las haciendas y regalos los que acá tomaron el hábito, movidos de caridad y con el mérito de la obediencia, con deseo de convertir fieles y de enseñar la fé, padeciesen por Cristo, los trabajos, penalidades, hambres y fatigas que conviniese

á su predicación, ofreciéndose por sólo una alma al penoso martirio del mayor trabajo.

"3.—Que no tratasen de interés humano, siendo en todo pobres evangélicos, andando á pié los caminos que lo permitiesen, sin más defensa que unas humildes sandalias; no admitiendo de los indios oro, plata ni otro metal, salvo legumbres ó maíz, sin prevenirse de comidas; porque su interés sólo había de ser adquirir ánimas para Dios, dando á conocer á los indios que los religiosos no buscaban riquezas en sus tierras como los demás españoles, sino introducir la fe y las virtudes en sus ánimos, como ministros de Cristo, poniendo el cuidado en sólo su salvación y no en cosa alguna de propia comodidad.

"4.—Que no recibiesen ni del Rey, ni de los encomenderos un sólo real de Sinodo, salario ni estipendio, sino sólo aquello que hubiesen menester precisamente para un hábito de jerga, y para una pobre y penitente comida. (Lo que habian menester los religiosos para sus personas, se lo enviaba la casa de Lima, con título de limosna, como se ve por muchas partidas de sus Libros). También se ordenó que las limosnas que los indios ó seculares españoles les diesen, dentro de veinte y cuatro horas las distribuyesen á los pobres sin retener un sólo real, ó las entregasen al Prelado.

"5.—Que con mansedumbre y con demostraciones de amor sin muestras de rigores ni enojos atrajesen la voluntad de los indios acomodándose a la capacidad de cada uno, sufriendo su ignorancia y trabajando con paciencia, advirtiéndoles que en cada uno estaba clamando la sangre de Jesucristo y el mérito de la caridad, con precepto grande que á ninguno castigasen.

"6.—Que no se sirviesen de ningún indio ni india para sus propios menesteres, advirtiéndoles que iban á servir y no á ser servidos; pero que trabajasen en hacerles edificar la iglesia, fundar hospitales y curar enfermos, siendos los curas sus enfermeros, sus ángeles de paz en sus contiendas y sus padres en sus desamparos.

"7.—Que mañanas y tardes les dijiesen la doctrina y se la diesen á entender, instruyéndoles en la ley de Dios y en toda cristiana policía, Asemejándoles en el trato á los españoles en las cosas y casos que no

dañasen á su propia naturaleza, para que estimando la honra fuesen olvidando las costumbres obscenas y las acciones viles; pero que fuese en materias que no les ensorberbiesen, y virtudes morales que los honrasen; *poniéndoles escuelas, donde aprendiesen á leer, escribir y contar*, haciéndoles aprender oficios y artes políticas, así para que se fuesen haciendo más capaces, como para que medrasen en caudales con trabajos honestos siendo pintores, carpinteros, sastres, plateros y las demás artes á que se acomodasen sus habilidades y fuesen de importancia para sus pueblos.

“Finalmente, que en las materias de culto divino instruyesen a los indios, fundando capillas de canto llano y canto de órgano, de flautas y otros instrumentos, para que lo grave y autorizado del culto, siendo los ministros ellos, engendrarse en los demás tanto respeto, amor y devoción, así á las fiestas y misterios de la Iglesia, como aborrecimiento á sus fiestas, ritos y ceremonias gentílicas, y á las supersticiones, agüeros y hechicerías diabólicas, trabajando día y noche en arrancar estas infernales raíces, extirpando cualquier asomo de gentilidad, y no consintiendo el menor amago de superstición. Para lo cual todos los días asistiesen á doctrinarlos, dándoles á entender con la predicación el error de sus idolatrías, la ceguera de sus ritos, y la verdad y provecho de nuestra fé y ley divina, predicando todos los días, y buscándoles en las sierras, montañas, cordilleras, quebradas, cuevas, lagunas y escondrijos más apartados y en los retiros más ocultos, sin huír del trabajo, rigores del tiempo, descomodidades ni persecuciones, pues por cada cosa se les prometia la gloria; y por las que fuesen añadiendo, se les darían nuevas coronas por mayores méritos, y que mientras ellos peleasen en estas conquistas, los conventos les ayudarían con penitencias y oraciones” (2).

Transcribo también la regla 15 de los Estatutos del Colegio de San Pablo de México formulados por aquel gran varón, Alonso de la Vera

(2) CALANCHA, Fray Antonio de la: *Crónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú*. Barcelona, Lacavalleria, 1638, p. 356.

Cruz, el primer filósofo del Nuevo Mundo, alma de la fundación de la Universidad de México y gran defensor de los indios (3):

“Puesto que éste, nuestro Colegio, se funda y se levanta como un seminario en el cual se instruyen jóvenes los cuales han de doctrinar con su sabiduría y consejos no sólo a los españoles sino también a los indios, deseamos que se instruyan profundamente no sólo en las ciencias eclesiásticas sino también en las lenguas indígenas, de suerte que más tarde puedan ser sus instructores no sólo en las verdades de la religión sino también en toda policía y buen gobierno que conviene a los pueblos cristianos”.

Esto son los principales documentos que he hallado referentes a la preparación de los misioneros agustinos, y sospecho que lo mismo hacían los dominicos. Los franciscanos, siguiendo el espíritu del pobrecito de Asís, el cual fué el verdadero propulsor de la democracia cristiana, siguieron otro método probablemente más eficaz y desde luego más evangélico que las demás órdenes religiosas. Veamos lo que refiere el cronista, fray Gerónimo de Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana* (4). En el capítulo quince dice este historiador que apenas los misioneros franciscanos, a cuya cabeza estaba fray Martín de Valencia, llegaron a las provincias y pueblos que les cupieron por repartimiento, dieron orden a los indios principales para que edificasen un aposento grande junto al monasterio a manera de sala o como diríamos hoy, de salón corrido, donde se enseñasen y viviesen los niños hijos de los indios principales, con otras piezas pequeñas de servicio para lo que fuese necesario. De estos niños así recogidos se encerraban en aquella casa de ochocientos a mil, y tenían por guardas unos viejos ancianos que miraban por ellos, y les daban de comer lo que les traían sus madres y la ropa limpia y otras cosillas que habían menester, que para lo demás no tenían necesidad de guardas porque en todo el día los religiosos se

(3) GRIJALVA, Juan de: *Crónica de la orden de San Agustín en las provincias de la Nueva España*. México, Victoria, 1924, p. 451.

(4) MENDIETA, Gerónimo de: *Historia eclesiástica indiana*. México, Antigua Librería, 1870, ps. 218—222.

turnaban teniendo cuidado de ellos. Y esto era lo ordinario, porque allí delante de los niños rezaban el oficio divino teniendo presentes las imágenes de Cristo, nuestro redentor, y de su Santísima Madre....

".....y allí se ponían en oración, á veces en pié y á veces de rodillas, y á veces puestos los brazos en cruz, dando ejemplo á aquellas inocentes criaturas, y enseñándolos primero por obra que por palabra en lo tocante al culto divino y devoción y reverencia con que hemos de buscar á Dios. También allí iban a rezar sus Maitines.... y en acabando de tener su oración se ocupaban en enseñar á los indios hasta la hora de misa, y después de misa hasta hora de comer. Después de comer descansaban un poco, y luego volvían á la escuela hasta la tarde.

"Y también enseñaron a los niños a estar en oración. Lo primero que en las escuelas les comenzaron á enseñar fué lo que al principio se enseña á los hijos de los cristianos: conviene á saber, el signarse y santiguarse, rezar el Pater noster, Ave María, Credo, Salve Regina, todo esto en latín (por no saber los religiosos su lengua ni tener intérpretes que lo volviesen en ella); lo demás que podían, por señas (como mudos) se lo daban á entender, como decir que había un solo Dios y no muchos como los que sus padres adoraban: que aquellos eran malos y enemigos que engañaban á los hombres: que había cielo allá en lo alto, lugar de gloria y buena ventura, donde nuestro Dios y Creador estaba, y a donde iban á gozar de sus riquezas y regalos los que acá en el mundo lo confesaban y servían. Y que había infierno, lugar de fuego y de infinitas penas y tormentos increíbles, y morada de aquellos que sus padres tenían por dioses, donde iban los que en este siglo los adoraban y obedecían, y ellos mismos en pago de sus servicios los atormentaban.

"Que aquella imagen que veían de hombre crucificado, era imagen de nuestro Dios, no en cuanto Dios que no se puede pintar porque es puro espíritu, sino en cuanto hombre que se quiso hacer por redimir á los hombres que le creyesen y obedeciesen, y librarlos de las penas del infierno y darles gloria para siempre, muriendo por ello en una cruz. Y que la imagen de mujer que allí veían era figura de la madre de Dios,

llamada María, de quien quiso tomar nuestra humanidad: y como tal Madre suya quería que fuese honrada y reverenciada, y que la tuviésemos por nuestra abogada y medianera para alcanzar de Dios lo que nos conviniese. Juntamente con esto les enseñaban á leer y escribir: y sobre todo, su doctrina era más de obra que por palabra”.

Poco después comenzaron también a instruir a los adultos enseñándoles de coro los rudimentos de la doctrina cristiana, pero encontráronse con dificultad enorme de la lengua y fieles a la tradición franciscana hiciéronse los misioneros tan niños como sus discípulos para participarles su lengua y con ella obrar la conversión de aquella gente pàrvula en sinceridad y simplicidad de niños. Y continúa Mendieta:

“Demás del ejercicio en que estos religiosos se ocupaban de enseñar á los niños, porque también los adultos comenzaban á tomar de coro los primeros rudimentos de la cristiandad, hicieron con los principales, que por sus barrios viniesen y se juntasen hombres y mujeres en patios grandes que tenían junto á las casas donde se habían aposentado. Y así lo cumplían, porque en cuanto á lo que era exterior no querían desagradar al gobernador Cortés, faltando en lo que les tenía mandado. Decían allí las oraciones en latín, respondiendo á los que se las enseñaban, que eran á veces los mismos frailes, y á veces los niños sus discípulos, que luego con mucha facilidad las aprendieron, como vivos que son de ingenio y hábiles para cualquier cosa que les muestran.

“Era esta doctrina de muy poco fruto, pues ni los indios entendían lo que se decía en latín, ni cesaban sus idolatrías, ni podían los frailes reprendérsela, ni poner los medios que convenía para quitárselas, por no saber su lengua. Y esto los tenía muy desconsolados y afligidos en aquellos principios y no sabían qué hacer, porque aunque deseaban y procurabán de aprender la lengua, no había quien se las enseñase. Y los indios con la mucha reverencia que les tenían, no les osaban hablar palabra. En esta necesidad (así como solían en las demás) acudieron a la fuente de bondad y misericordia, nuestro Señor Dios, aumentando la oración y interponiendo ayunos y sufragios, invocando la intercesión de la Sagrada Virgen Madre de Dios y de los santos ángeles, cuyos muy devotos eran y del bienaventurado padre S. Francisco.

“Y púsoles el Señor en corazón que con los niños que tenían por discípulos se volviesen también niños como ellos para participar su lengua, y con ella obrar la conversión de aquella gente. . . . Y así fué, que dejando á ratos la gravedad de sus personas se ponían á jugar con ellos con pajuelas ó pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación. Y traían siempre papel y tinta en las manos, y en oyendo el vocablo al indio, escribíanlo, y al propósito que lo dijo. Y á la tarde juntábanse los religiosos y comunicaban los unos á los otros sus escritos, y lo mejor que podían conformaban á aquellos vocablos el romance que les parecía más convenir. Y acontecía que lo que hoy les parecía habían entendido, mañana les parecía no ser así. Y ya que por algunos días fueron probados en este trabajo, quiso Nuestro Señor consolar á sus siervos por dos vías: La una, que algunos de los niños mayorcillos les vinieran á entender bien lo que decían; y como vieron deseo que los frailes tenían de deprender su lengua, no solo les enmendaban lo que erraban, mas también les hacían muchas preguntas, que fué sumo contento para ellos. El segundo remedio que les dió el Señor, fué que una mujer española y viuda tenía dos hijos chiquitos, los cuales tratando con los indios habían deprenderido su lengua y la hablaban bien. Y sabiendo esto los religiosos, pidieron al gobernador, D. Fernando Cortés, que les hiciese dar el uno de aquellos niños, y por medio suyo holgó aquella dueña honrada de dar con toda voluntad el uno de sus hijuelos llamado Alonsito. Este fué otro Samuel ofrecido á Dios en el templo, que desde su niñez le sirvió y trabajó fídelisísimamente, sin volver á la casa de su madre ni tener cuenta con ella, sino sólo con lo que mandaban los ministros de Dios, haciendo desde niño vida de viejo. Tenía su celda con los frailes, comía con ellos y leales á la mesa, y en todo iba siguiendo sus pisadas. Este fué el primero que sirviendo de intérprete a los frailes dió á entender á los indios los misterios de nuestra fe, y fué maestro de los predicadores del Evangelio, porque él les enseñó la lengua llevándolo de un pueblo a otro donde moraban los religiosos, porque todos participasen de su ayuda. Cuando tuvo edad tomó el hábito de la órden, y en ella trabajó hasta la última vejez con el ejemplo y doctrina que se verá en el catálogo de

los claros varones, quinto libro de esta historia, tratando de su vida. Llámase después Fr. Alonso de Molina”.

Y continúa Mendieta diciendo que en las misiones franciscanas la verdadera conversión se llevó a cabo por los niños indígenas y por el corazón sencillo y humilde igual al de los niños de los misioneros franciscanos:

“.....quiso que los primeros evangelizadores de estos indios aprendiesen á volverse como al estado de niños, para darnos á entender que los ministros del Evangelio que han de tratar con ellos, si pretenden hacer buena obra en el culto de esta viña del Señor, conviene que dejen la cólera de españoles, la altivez y presunción (si alguna tienen), y se hagan indios con los indios, flegmáticos y pacientes como ellos, pobres y desnudos, mansos y humilimos como lo son ellos.

“Por esta humildad que aquellos benditos siervos de Dios mostraron en hacerse niños con los niños, obró el Espíritu Santo para su consuelo y ayuda en su ministerio, una inaudita maravilla en aquellos niños, que siéndoles tan nuevos y tan extraños á su natural aquellos frailes, negaron la afición natural de sus padres y madres, y pusieronla de todo corazón en sus maestros, como si ellos fueran los que los habían engendrado y criado; en tanta manera, que ellos mismos fueron los que descubrieron á los siervos de Dios los ídolos que sus padres tenían escondidos, y los acusaron de sus supersticiones y errores, como se verá adelante en el proceso de esta historia”.

Los resultados de tal obra, dada la preparación de los misioneros, fué sencillamente admirable. Oigamos si no lo que dice el historiador, sin duda más verídico de todos los cronistas de Indias, Bernal Díaz del Castillo, acerca de la labor misionera. Después de relatar como los indios aprendieron la doctrina cristiana, dice (5):

“Y pasemos adelante, y digamos cómo todos los más indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de oficios y obreros, y

(5) DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia de la Conquista de Nueva España*. Caps. 209, 210.

ganan de comer a ello, y los plateros de oro y plata, así de martillo como de vaciadizo, son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos de la santa pasión de nuestro redentor y salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que indios lo hacian; que se me significa a mí: juicio que aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apeles y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Burgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apeles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sutiles pinceles las obras de los esmeriles ni relicarios que hacen tres indios grandes maestros de aquel oficio, mejicanos, que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y Crespillo. Y demás desto, todos los más hijos de principales solian ser gramáticos y lo deprendian muy bien, si no se mandara quitar en el santo sinodo que mandó hacer el reverendísimo arzobispo de Méjico; y muchos hijos de principales saben leer y escribir y componer libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán, y hacer paño de lana, aunque sean veinticuatrenos, hasta frisas y sayal, y mantas y frazadas, y son cardadores y perailles y tejedores, según y de la manera que se hace en Segovia y en Cuenca, y otros sombrereros y jaboneros; solos dos oficios no han podido entrar en ellos, aunque lo han procurado, que es hacer el vidrio ni ser boticarios; mas yo los tengo por ser de tan buenos ingenios, que lo deprenderán muy bien, porque algunos dellos son cirujanos y herbolarios, y saben jugar de mano y hacer titeres, y hacen vihuelas muy buenas. Pues labradores, de su naturaleza lo son, antes que viniesen a la Nueva España, y ahora crían ganado de todas suertes y doman bueyes y aran las tierras y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede dello; y han puesto tantos árboles, que, porque los duraznos no son buenos para la salud y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillares y manzanas y pe-

rales, que los tienen en más estima. Pasemos adelante y diré de la justicia que les hemos enseñado a guardar y cumplir, y cómo cada año eligen sus *alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles, fiscales y mayordomos*, y tienen sus casas de cabildo, donde se juntan dos días de la semana, y ponen en ellas sus porteros, y sentencian, y mandan pagar deudas que se deben unos a otros, y por algunos delitos de crimen azotan y castigan; y si es por muertes o cosas atroces, remitenlo a los gobernadores, si no hay audiencia real; y según me han dicho personas que lo saben muy bien, en Tlascala y en Tezcuco y en Cholula, y en Guaxocingo y en Tepeaca, y en otras ciudades grandes, cuando hacen los indios cabildos, que salen durante de los que están por gobernadores y alcaldes, maceros con mazas doradas, según sacan los virreyes de la Nueva España; y hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencien”.

Se ve, pues, con toda claridad, que la predicación evangélica en el Nuevo Mundo no fué obra improvisada sino que fué una empresa reglamentada, disciplinada y organizada hasta en sus menores detalles.

Otro punto digno de considerar es que los primeros misioneros, con rarísimas excepciones, se reclutaban de los diversos conventos contando con la voluntad de cada fraile. Y en general el que se decidía de pasar a tierras extrañas era de espíritu superior.

Podría decirse en este caso lo que ocurrió a los trece de la Isla del Gallo, compañeros de Pizarro: “Por aquí se va al Perú a hacerse rico; por acá se vuelve a España a ser pobre. Escoja el que sea buen castellano”.

Trasladado esto al misionero se puede parafrasear con todo rigor histórico: “Por aquí se va al Nuevo Mundo a conquistar almas para el reino de Dios, acá se quedan los que no sienten el espíritu heroico y aventurero de las empresas apostólicas”.

David RUBIO, O. S. A.

(Especial para la Revista “UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA”).